



Florencia Bonelli

EL PRÍNCIPE DEL BOSQUE

Ilustraciones de
Martín Morón

Planeta
Junior

Florencia Bonelli

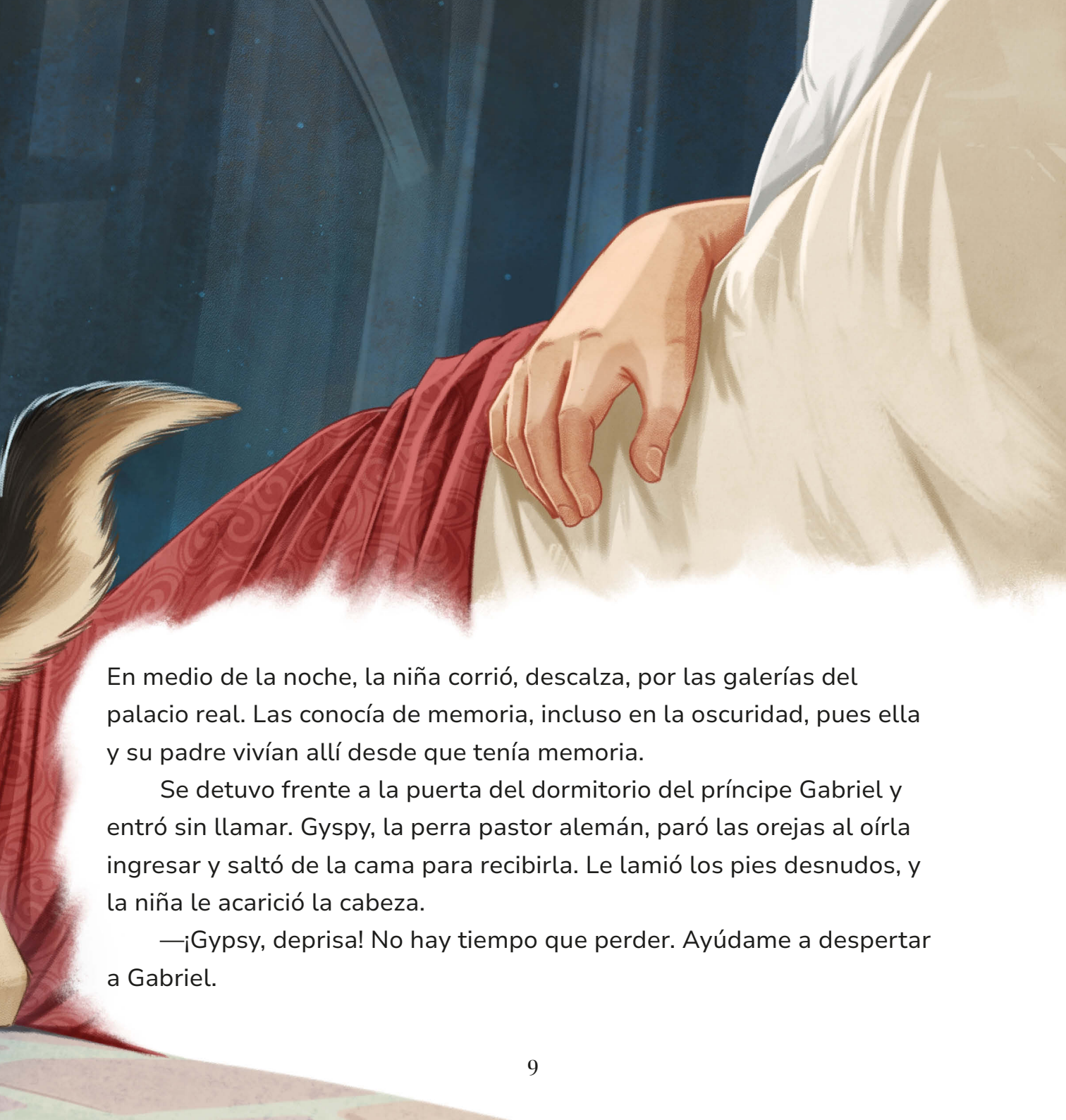
EL PRÍNCIPE DEL BOSQUE

Ilustraciones de
Martín Morón

Planeta
Junior

Esto ocurrió hace muchos años en un lugar lejano...





En medio de la noche, la niña corrió, descalza, por las galerías del palacio real. Las conocía de memoria, incluso en la oscuridad, pues ella y su padre vivían allí desde que tenía memoria.

Se detuvo frente a la puerta del dormitorio del príncipe Gabriel y entró sin llamar. Gypsy, la perra pastor alemán, paró las orejas al oírla ingresar y saltó de la cama para recibirla. Le lamió los pies desnudos, y la niña le acarició la cabeza.

—¡Gypsy, deprisa! No hay tiempo que perder. Ayúdame a despertar a Gabriel.



La perra trepó de nuevo en el colchón y ladró cerca del rostro de su dueño.

—¡Despierta, Gabriel! —le pidió la niña, mientras le sacudía el hombro—. ¡Vamos, Gabriel! ¡Arriba!

El príncipe, un niño de diez años, se refregó los ojos y se sentó en la cama.

—¡Emma! ¿Qué haces aquí?

—¡Vamos, Gabriel! Sal de la cama y vístete. No hay tiempo que perder. Están viniendo por ti.

—¿Quiénes? —preguntó el niño, medio dormido.

Confiaba en Emma como en nadie; era su mejor amiga, por eso no dudó en hacer lo que le indicaba aunque le resultase muy raro el pedido. Apartó las sábanas y bajó de la cama.

—¿Quiénes vienen por mí? —insistió.

—Los que han decidido destronar al rey Kael.

—¿Han decidido destronar a mi padre? —Se asombró Gabriel.

—Sí. ¡Vamos! Vístete —le ordenó, mientras le arrojaba los pantalones.

El niño se vistió y se calzó con unas botas altas.



—¿Cómo sabes que han decidido destronar a mi padre?

—Se lo oí decir a mi padre —admitió Emma—. Él y otros nobles le arrebatarán el trono.

—Pero... Emma, el conde Luan, tu padre, es el mejor amigo de mi padre, es su hombre de confianza. ¡Es imposible!

—¡Lo sé! —exclamó la niña—. Pero mi padre es ambicioso y no quiere ser solo un conde. Quiere ser el rey del Reino de la Alegría. ¡Vamos! Apúrate. Están llegando.

Gypsy ladró al oír las botas de los soldados que marchaban sobre el piso de mármol del corredor. Emma entregó a Gabriel un saco bien abrigado. Fuera hacía mucho frío.

—Usemos el pasadizo secreto —propuso Gabriel—. Será imposible escapar por la puerta.

Gabriel apretó un botón oculto tras el zócalo y se abrió una portezuela bien disimulada en la pared, a la altura del suelo, que nadie habría descubierto a simple vista. En ese instante, cuando los niños se agachaban para deslizarse dentro del pasadizo, dos soldados irrumpieron en la habitación.

